

Alejandro Suárez Castro

**IRINA, EL SEXO  
Y LA NUEVA IZQUIERDA**



**la mancha**

literatura adultos

BOLIVIA

Serie La Mancha, 2007  
© Grupo Editorial La Hoguera  
Irina, el sexo y la nueva izquierda  
Alejandro Suárez Castro

Editorial La Hoguera  
Calle Beni 678  
Edificio Gabriela 2º piso  
Santa Cruz de la Sierra  
Bolivia  
Derechos reservados de acuerdo a Ley

Prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin permiso expreso, por escrito, del autor y la empresa editora.

Editor: Mauricio Méndez J.  
Corrección de estilo y Diseño editorial:  
Departamento de Producción La Hoguera  
Impresión: Imprenta Landívar

PRIMERA EDICIÓN • 2007  
Depósito Legal: 8 - 1 - 1766 - 07  
I.S.B.N.: 978-99954-34-10-6

Comentarios y sugerencias:  
[www.lahoguera.com](http://www.lahoguera.com)

## INDICE

1.	Norwegian Wood	11
2.	La nueva izquierda	19
3.	Universidad para todos	27
4.	Ulises condensado para principiantes	35
5.	Desayuno en la cama	53
6.	Culpables	61
7.	Liebres de cartón	67
8.	Saltar al vacío	77
9.	La bolsa, la vida o la metáfora	85
10.	Nuevos tiempos, ideas viejas	93
11.	La cruz	101
12.	El buen hijo	111
13.	El samaritano	117
14.	Irina de la O	125



*“Y volverás a decir a todos, porque es necesario volverlo a decir de tiempo en tiempo, que entre el dolor y la nada es necesario elegir el dolor. Que amor y dolor son una misma cosa y quien paga barato por el amor se está engañando”.*

**Edmundo Paz Soldán, *Faulkner***

*“Juegos de niños, eso es todo lo que hace la gente, juegos de niños. Van del coño a la tumba sin que les roce siquiera el horror de la vida”.*

**Charles Bukowski, *La máquina de follar***

*“—¿Qué cosas lo aburren?”*

*—“El discurso vacío de la izquierda. El discurso vacío de la derecha ya lo doy por sentado”.*

**Roberto Bolaño, *Entrevista***



## Norwegian wood

Después de dos cervezas, Víctor resume su filosofía con una frase sacada de un libro de Kureishi: “Ser feliz es más importante que ser bueno y no hay mucha relación entre ambas cosas”. Al rato se levanta, va hacia la caja y paga su cuenta. Cléber pide otra cerveza, mentalmente repasa sus finanzas para ver si le da para un par de zapatos, y entre sorbo y sorbo piensa en los principios nihilistas de Víctor.

Un vendedor de discos piratas se acerca a la mesa, Cléber echa una ojeada a los títulos. Entre cumbias, baladas y merengues, descubre el Rubber Soul, de los Beatles. Extrae el disco y comprueba que sean realmente las canciones originales. Pregunta el precio, diez bolivianos. Cléber paga y celebra las maravillas del azar y la tecnología.

Media hora más tarde camina y se entretiene mirando algunas vidrieras del Casco Viejo. Al pasar frente a una tienda de muebles mexicanos ve a Vania, que al parecer pregunta acerca de una cama de dos plazas. El encuentro es tan inesperado que durante unos segundos la observa para cerciorarse que realmente es ella. La última vez que hablaron, antes de su partida, hace casi seis años, poco faltó para que Vania dijera que nunca más volvería a poner un pie en este país. Durante un rato Cléber la observa y piensa que Vania no envejece,

que el tiempo se estrella contra su cuerpo como las olas en las rocas de un acantilado. Inevitablemente, Cléber recuerda la época en que ambos pasaban las tardes juntos, ella echada en la cama, siguiendo aquellas telenovelas colombianas, después de negarse a hacer el amor, siguiendo a rajatabla los principios religiosos de sus padres, mientras él, sentado en el piso de la habitación, con un cuaderno escolar sobre las rodillas, se empeñaba en escribir alguna historia con sustancia.

En algún momento sus miradas coinciden y Vania sale a su encuentro.

– Siempre las casualidades –dice Vania al abrazarlo y a Cléber le cuesta captar la intención de la frase.

– ¿Cuándo llegaste?

– Hace un par de meses, pero entre idas al campo y papeleos casi no he tenido tiempo de nada. Hoy aproveché para caminar por el centro y ver las tiendas.

– ¿Y te quedas?

– Por ahora, parece que sí. A Fernando lo han nombrado Gerente de su firma para Sudamérica; ya alquilamos un departamento y estamos buscando un colegio para la niña. ¿Y tú? Supe que ahora haces un programa de radio.

– Hace unos tres meses.... –Cléber deja a media su respuesta, cambia el rumbo del diálogo y propone un café.

Vania duda, puede ser, en realidad la idea le atrae, la tranquilidad, la charla y el inevitable fluir de los recuerdos.

– ¿Y entonces...?

– No sé si es una buena idea, Fernando tiene muchos amigos.

– Ah, era eso...

Diez minutos más tarde suben al auto de Cléber. Han comprado chocolates y una botella de agua mineral con gas. Cléber pone el disco de los Beatles en la reproductora: "Baby you can drive my car". Vania mira por la ventanilla y su mirada se pierde y no llega a ningún destino. Cléber imagina que no está cómoda –Fernando tiene muchos amigos–, en ese caso prefiere no interrumpir, a pesar de que hablar pudiera ser una buena opción a un paisaje urbano que cada vez se hace más monótono. En su lugar, Cléber prefiere mirar el escote de Vania y dejar volar su imaginación. Vania es la primera en romper el hielo.

– En realidad es muy probable que nos quedemos a vivir aquí. Además del contrato, Fernando tiene otras ideas de negocios. Yo sé que le va a ir bien, Fernando es adicto al trabajo.

Cléber percibe algo de resignación en la última frase. Quizás Vania esté llegando a la parte amarga y gris de su sueño.

– De tu programa me enteré por Sandra, que a su vez lo supo por Darío, supongo que estás feliz.

– Puede ser, al menos es una buena forma de ignorar el insomnio.

Cléber tuerce por un camino que no está asfaltado y detiene el auto detrás de unos contenedores y bajo un cartel que anuncia un restaurante. Vania aprovecha para comer un chocolate. Saca otro y lo pone en la boca de Cléber. Lo mira a los ojos. Hay gestos que persisten más que las costumbres, piensa Cléber, y recuerda cuánto disfrutaba compartir un chocolate con Vania, con esa manera de saborear el dulce que irremediablemente desembocaba en un beso. Esta vez se contiene para no quedarse con los dedos de Vania. O para no morderle los labios.

*“I once had a girl, or should I say she once had me. She showed me her room, isn’t good, Norwegian wood”.*

– Hace poco pasé esa canción en mi programa. Es un tema de Lennon, dicen que es la narración de una infidelidad: un hombre va al departamento de una chica, charlan, toman vino, ella le pide que se quede y pasan la noche juntos. Al otro día él se despierta solo y al parecer le prende fuego al departamento.

*“So I lit a fire, isn’t it good, Norwegian wood?”*

– Exagerado como todos los poetas –dice Vania y Cléber lo asume como una indirecta–. Quizás lo hizo para borrar las huellas del delito.

- O remordimiento de conciencia
- O mal sexo.

En este punto Cléber se percata de que Vania lo mira y sin que medien palabras, se inclina y la besa en la boca. Vania apenas reacciona y eso da pie para que Cléber lo intente de nuevo, esta vez con calma. Pasados unos minutos,

Vania aparta a Cléber dando a entender que ya a ha recuperado el control.

– Vamos –dice mientras se acomoda el pelo.

En el viaje de regreso no hablan. De fondo siguen sonando los Beatles. *What goes on.*

Al llegar al centro, Vania le indica a Cléber que detenga el auto para tomar un taxi. Intercambian sus números de celular, pero Vania insiste en ser ella quien llame. Luego se baja. Cléber la ve alejarse. Es hora de cambiar de disco, piensa al darse cuenta de que escucha por segunda vez la primera canción.

Mientras camina, Vania mira su reloj, van a ser las siete. Le extraña que Fernando no haya llamado. Saca el celular de la cartera y se percata de que estaba apagado. Siente un cosquilleo de miedo en el vientre. Apura el paso, baja a la avenida en busca de un taxi. Enseguida encuentra uno, sube al asiento trasero mientras da la dirección.

Al llegar al edificio, antes de entrar al ascensor, y cerciorándose de que el portero no la ve, saca el celular y marca el número de Cléber. Alguien contesta pero no habla. Ella siente que su corazón late tan fuerte que casi se escucha. A punto está de colgar cuando se decide y suelta de golpe tres palabras: “Me encantó besarte”. Espera un poco, y como no recibe respuesta, cuelga el teléfono. Mira al portero que no se ha dado por enterado y marca el botón para llamar al ascensor.

Al abrir la puerta ve a Fernando sentado en uno de las butacas de la sala leyendo una *National Geographic*. Este, al verla llegar, levanta la vista y sonrío:

– ¿Sabías que el río Amazonas alguna vez fluyó de este a oeste?

– Me doy por enterada. ¿Hay algo de comer?

– Nada, pero estaba pensando que podemos encargarnos esas quesadillas de los otros días.

– Puede ser...

– Y después podríamos buscar alguna buena película en la televisión.

– En las quesadillas te sigo, no sé si pueda con la película, estoy muerta de cansancio.

Vania echa un vistazo a la heladera y ve que no hay nada para picar. Sigue de largo hasta el cuarto, se saca la ropa y entra a la ducha. Abre solo el grifo de agua fría, quiere activar el torrente sanguíneo y que el chorro se lleve, de paso, esas ganas que a veces tiene de ser otra.

Media hora antes, al perderla de vista, Cléber arranca su auto y comienza a manejar sin rumbo. Sabe que le espera una noche sin encantos, sin sorpresas, si acaso una buena película y un cigarro: demasiado poco. Su vida es predecible y llana como una meseta, y lo jodido es que le gusta, pero a veces echa de menos un poco de emoción.

Al doblar una esquina, ve a unas tres mujeres paradas en el contén de la acera con la vestimenta inconfundible de las prostitutas. Una de ellas le hace señas y le lanza un beso. Sin pensarlo, Cléber se detiene y espera que ella recorra a paso doble el trayecto hasta su auto mientras él abre la ven-

tanilla del copiloto, la ventanilla por la que un rato antes Vania miraba al infinito.

Al llegar, la chica, con pose estudiada, se inclina sobre el auto y sin rodeos lo invita a dar una vuelta. "Otra vuelta", piensa Cléber mientras la observa con descaro.

– ¿Cuánto sale con la boca? –pregunta.

La chica, sin pensarlo, da el precio y pone además sus condiciones:

– Solo tocarme las tetas y no me lo trago.

Cléber transa y la chica sube al auto. Otra vez maneja sin rumbo y no puede evitar emocionarse ante el vértigo de la caída. Al torcer en una esquina que le parece poco transitada, estaciona bajo un árbol que tapa la luz de un poste cercano. Sin palabras, la chica comienza a hacer su trabajo. Cléber se relaja, se deja hacer. En algún momento escucha el timbre de su celular.